

ÉPOCA SEGUNDA

DOCUMENTOS, DISCURSOS Y ACLARACIONES REFERENTES Á ESTA ÉPOCA

(Libro II)

EL ORIENTE

I

Los indios.—Se ha exagerado su antigüedad.—Su astronomía.—Esfuerzos de Bailly para atribuirles una antigüedad extraordinaria.—Refutación de este sistema por Delambre y Montucla.—Investigaciones de Davis y de Bentley.—Opiniones de Schaubach, Laplace y otros.—Cronología.—Investigaciones de sir W. Jones, Wilford y Hamilton.—Tentativas de Heeren para determinar el punto de origen de la historia india.—Descubrimientos del coronel Tod.—De las otras naciones asiáticas.—Últimas indagaciones hechas en la historia primitiva de los armenios, georgianos y chinos

Después de haber reconocido, á lo ménos en cuanto nos era posible, la época en que se construyó y adornó en primer lugar el teatro en que pasaron todas las grandes escenas de la vida humana, pudiera parecer superfluo examinar á los que figuraran en él, y saber por su boca cuándo empezó ese drama interminable de guerra y de paz, de barbarie y civilización, de vicios groseros y de virtudes nobles; porque la naturaleza, única que hemos consultado hasta aquí, no tiene el orgullo, ni el deseo, ni la facultad de pintarse á sí misma de otro modo que es en realidad. Mas si preguntamos á las naciones más antiguas cuándo se levantaron y dieron el primer paso en la carrera de su sistema social, oiremos suscitarse para respondernos una multitud de ambiciones mezquinas, de preocupaciones y de pretensiones envidiosas, y entonces se interpondrá entre nosotros y la verdad, á manera de una niebla, la ignorancia voluntaria ó tradicional, que envolverá nuestras investigaciones en el misterio y la incertidumbre; y lejos de guiarnos en el camino, nos expondrá al peligro constante de los más graves errores.

Hay más: ha habido investigadores doctos y juiciosos, que habiéndose propuesto un objeto especial en sus indagaciones, se han dejado extraviar por sus falsas luces, han admitido como histórico lo que no era más que una fá-

bula mitológica, han fundado sus cálculos en fechas enteramente ficticias, y no concediendo siquiera á los libros hebreos el carácter de autoridad que no niegan á los *Vedams* de la India ó á la lista de los reyes egipcios, han condenado los libros santos con ligereza más inconsecuente, porque les ha parecido á la primera ojeada que no concordaban con los anales de las otras naciones. Mas por fortuna, hemos descubierto métodos que ellos no conocieron; hemos aprendido á discernir críticamente la historia de los pueblos desde su origen; nos hemos acostumbrado á escudriñar con el celo incansable del jurisconsulto antiguos documentos medio carcomidos por los siglos, y á descubrir su mérito ó señalar sus defectos; hemos perdido la afición á las investigaciones burlescas y á ese exámen frívolo que da á una agudeza el valor de un argumento; y hemos aprendido á seguir una marcha más solemne y más prudente en nuestros progresos en todas las partes de la ciencia, y á preferir lo real á lo brillante, el hecho á la teoría, y una comparación y trabajosa á vagas analogías.

Esta preferencia de que he hablado, y que dan algunos hombres instruidos y capaces á un documento cualquiera venido de lejos tierras sobre los que recibió el Cristianismo del pueblo judío, es seguramente uno de tantos hechos, que combinados entre sí, prueban un



fenómeno notable del entendimiento humano, el amor extravagante á todo lo que sale de lo ordinario en las cosas superiores á nuestras esperanzas y el deseo de despreciar lo que poseemos. Existe un manuscrito árabe, cuyo objeto, entre otras diversas materias, es dar cuenta de las principales ciudades del mundo; naturalmente no podía ser excluida Roma de esta enumeración; pero ni la fabulosa ciudad del novelista más visionario, ni el esplendor ficticio del Irán de Oriente, ni los sueños imaginarios del más temerario forjador de utopías, ofrecieron nunca el ejemplo de un desprecio de las posibilidades de la vida real comparable con el que resulta de esta descripción de la ciudad eterna. Se la pinta de longitud de 60 ó 80 millas, y se dice que la atraviesa el majestuoso río Rómulo, sobre el cual se admiran algunos centenares de puentes de bronce, contruidos de tal modo, que se quitan al aproximarse el enemigo. Las puertas de la ciudad son muchas, y todas de la misma materia. Se hace una pintura minuciosa de las iglesias, de sus dimensiones y de las riquezas que encierra, y por desgracia se omite la iglesia de San Pedro. El autor ha notado con el mayor cuidado el número de puertas de bronce y de plata, y dice cuántas columnas de mármol, cuántas de plata y cuántas de oro hay en cada iglesia. Pues, por absurdo que pueda parecer todo esto, es nada en comparación de lo que se han atrevido á decir algunos europeos, hombres de mundo y de ciencia, cuando por la primera vez han trazado el cuadro histórico y científico de las naciones de Oriente, entonces poco conocidas entre nosotros. Allí se encontraban cálculos astronómicos del carácter más refinado, que exigían observaciones hechas en épocas apartadas una de otra por distancias incalculables; se notaban periodos ó ciclos de tiempo necesariamente formados cuando el estado de los cielos era infinitos siglos más nuevo que ahora; eran unos libros claramente escritos muchos miles de años antes que el Occidente hubiese dado la menor señal de vida, monumentos erigidos muchos siglos antes que el diluvio hubiera barrido la superficie entera de la tierra; en fin, eran unas listas largas de reyes y aun de dinastías perfectamente conservadas en los anales de las naciones, y que deben subir mucho más allá de la época señalada á la creación del mundo por los libros de Moisés, tan modernos en comparación.

¿En qué han venido á parar hoy todas esas maravillas? Vosotros, hombres experimentados, dice un sábio crítico, podeis traducir en formas

reales y vulgares las visiones brillantes de la Arabia: transformar el caudaloso río Rómulo en riachuelo de agua amarillenta llamado el Tiber, las puertas de bronce en peristilos de madera, el oro y la plata en piedra y mármol, y tal vez en uno de vuestros paseos matutinos habeis dado la vuelta á la ciudad inconmensurable. Entonces me lisonjeo que tratareis del mismo modo las visiones tan poco fundadas del filosofismo novelesco. Estudiados detenidamente los países en que se supone existieron esos prodigios de ciencia y literatura, estoy seguro de que os convencereis que aquellas regiones lejanas están, como las demás, confinadas en ciertos límites de duración; que la corriente de sus tradiciones acarrea consigo la cantidad ordinaria de cieno y escombros, y que esos materiales preciosos de que se nos dice se componian sus monumentos y templos, no se diferenciaban de la sustancia en que deben consistir todas las cosas humanas. Pero en uno y otro caso no se ha echado de ver lo que era importante. El árabe no era bastante civilizado para comprender los recursos del arte que poseemos entre nosotros, y que tienen infinitamente más precio que las puertas de plata ó las columnas de oro; y los filósofos presuntuosos del siglo último fueron tan ciegos, ó más bien tan obcecados, que no reconocieron la verdadera riqueza que ofrecia el Oriente á sus investigaciones, es decir, la confirmación de las verdades primitivas, el esplendor que recaía sobre las santas indagaciones y el campo de conocimientos etnológicos y morales que se les abría en aquella region.

Sin embargo, los objetos de que voy á tratar están en oposicion con lo que he dicho sobre la propension de los hombres á despreciar lo que tienen en la mano, y á exagerar el valor de lo que está lejos de ellos; porque al paso que algunos hombres se apoderan con tanta avidez del menor descubrimiento que esté en contradicción con las Santas Escrituras; al paso, repetimos, que se da una importancia contranatural á cualquiera cosa que choche al parecer con una asercion del texto sagrado, las naciones de Oriente se adhieren con la mayor escrupulosidad á sus libros religiosos, y desechan con obstinacion cualquier hecho que puede desmentirlos: los chinos, los indios y los antiguos egipcios, se adhirieron siempre tan íntimamente á la exactitud infalible de sus respectivos anales, que debemos atribuir á una causa no natural la facilidad con que nosotros vemos que tan á menudo son abandonados los nuestros. A la verdad, creo que si en vez de haber conservado los cristianos los libros de Moisés, se hubieran descubierto por la primera vez



entre los judíos de la China, ó el Dr. Buchanan los hubiera encontrado entre los del Malabar (1), los hubieran recibido como unos tesoros de conocimientos históricos y filosóficos los mismos hombres que en otras circunstancias los han despreciado y han blasfemado de ellos.

No es mi ánimo recorrer un camino á que quitaron ya su interés los escritores antiguos, y examinar la antigüedad de los caldeos ó de los asirios, y las objeciones que los fragmentos sacados de Beroso y Sanchoniathon produjeron en los primeros tiempos. Aquellos fragmentos pertenecen á la simple cronología, y no se halla en ellos una partícula de interés histórico. Muchos escritores populares han hecho uso de ellos, y puede decirse que ahora son despreciados de la escuela que en otro tiempo les daba algún valor. Por lo tanto, me dirigiré inmediatamente hácia el país cuya historia primitiva posee los títulos más sólidos á nuestra atención, y que nos presentará la demostración más patente de las antiguas tradiciones.

Cualquiera diría que la península de la India es un campo que la Providencia ha entregado especialmente al cultivo de los críticos, y debe tener un interés particular para nosotros. Por otra parte, no podía acontecer una cosa más feliz para la satisfacción de las necesidades del ingenio humano, que el descubrimiento de las riquezas literarias de aquel país. El gusto europeo, que por las convulsiones políticas y religiosas de los siglos XVI y XVII, se había dirigido á buscar un alimento y un deleite en los recuerdos de las antiguas doctrinas clásicas, empezaba á cansarse de este alimento delicado, pero nada variado; la multitud de los nuevos escritores producidos por la prensa moderna, había dejado de suministrarle provisiones frescas; se habían leído y comprobado todos los manuscritos, y héchose tema de eruditas controversias todas las letras disputables; y suspirábamos, si puede decirse así, por alguna cosa de complemento original que pudiera reanimar y ejercitar de nuevo nuestro lánguido apetito. Bajo este respecto, habían sido infructuosos los ensayos hechos en la Arabia y la Persia. El mahometismo oprimía como una pesadilla toda su literatura religiosa; su exquisita poesía era demasiado sensual para satisfacer las necesidades intelectuales de la Europa civilizada; su historia era demasiado limitada, moderna y sabida, por su conexión con la nuestra, para que excitase un interés

(1) En efecto, se han hallado algunas copias del Pentateuco.

poderoso en nosotros. Pero cualesquiera que fuesen nuestras previsiones con respecto á la India, fueron más que superadas. Allí entramos al punto en las fuentes verdaderas de la antigua filosofía; nos introdujimos en los laboratorios de las diversas opiniones que formaron las escuelas de Occidente, y nos colocamos cerca de la cuna de nuestra especie, en cuyo rededor se conservan aún en su simplicidad los primeros acentos de nuestro lenguaje. Allí nos acercamos al oráculo y al santuario de toda la antigua teología pagana, y penetramos en el asilo más oculto é íntimo de toda doctrina mística y de toda religión simbólica. Allí es donde cada cosa lleva el sello de su pureza y de su simplicidad primitiva; allí conocemos, ya examinemos las meditaciones filosóficas de los sábios, ya recorramos hasta su origen los anales mitológicos del país, que tenemos á la vista las obras de un ingenio natural y el conjunto fiel de las tradiciones nacionales.

Con todo, no dejemos que nuestras impresiones nos lleven muy lejos; no nos deslumbremos con la novedad de la escena hasta el punto de exagerarnos sus bellezas verdaderas. Del mismo modo que el naturalista, al contemplar los bosques gigantescos de Africa ó América, podría suponer, comparándoles con la ruina estatua de nuestros árboles, que si la encina ha necesitado centenares de años para llegar á su altura, aquellos bosques colosales debieron plantarse hace un número de siglos incalculable; así también el filósofo se vería forzado á inferir que debió necesitarse un tiempo indefinido para el incremento y consolidación de los sistemas científicos hallados en la India antes de la aparición de la filosofía en Occidente. Aquí deben tomarse en consideración otros elementos que la duración de las edades. Por un lado hay que calcular la fertilidad vigorosa del terreno y el calor fecundo del alma, por otro la acción compleja de las influencias físicas y morales, resultado de un establecimiento formado á tiempo en un país favorable á su incremento, la feliz preservación de las tradiciones primordiales, y el estado tranquilo de los ánimos en medio de los objetos que los disponen á la contemplación.

Temo haber dejado que mis ideas se extravíen así de reflexión en reflexión, antes de haber fijado la atención, como se merece en un asunto más importante y sustancial. Voy, pues, al instante á poner manos á la obra. Ahora no tengo que tratar de la literatura de los indios, sino únicamente de su historia: dividiré este trabajo en dos partes. En la primera trazaré el cuadro histórico de la indagación hecha



sobre la antigüedad de sus conocimientos científicos, principalmente en astronomía, porque este último punto ha sido una de las materias más zozobrosas tratadas por los hombres hostiles á la religión. Despues presentaré un rápido bosquejo de las investigaciones hechas en sus anales y de los resultados que se han conseguido esforzándose en disipar las dudas y tinieblas de su historia política.

El primer sábio de fama que atribuyó una antigüedad sobrenatural á los descubrimientos astronómicos de los indios, fué el desventurado Bailly. En vida poseyó un renombre brillante, á lo ménos entre los matemáticos poco experimentados; pero estuvo inficionado de todos los defectos de su época; gustaba de las hipótesis extrañas y temerarias, magníficamente sostenidas con argumentos ingeniosos y variados. «No escribió, dice Delambre, para los hombres de saber: aspiraba á una fama más dilatada. Cedió al placer de asociar su nombre al de Voltaire; resucitó la añeja fábula de Atlante; tuvo muchos lectores, y eso ocasionó su ruina. El buen suceso de su primera paradoja le llevó á crear otras. Inventó su *nación extinguida* y su *astronomía perfeccionada en los tiempos mitológicos*; lo apoyó todo en esta idea de predilección, y no se mostró muy escrupuloso en la elección de los medios destinados á dar un colorido favorable á su hipótesis (1).»

En su historia de la astronomía antigua presentó la teoría de que aquí se trata; analizando las fórmulas astronómicas de los indios conocidas como podían serlo entonces por medio de las noticias imperfectas que diera Legentil, se vió forzado á deducir que se fundaban en observaciones reales; pero que el estado presente y el carácter de los indios no nos permitían considerarlas como descubrimientos originales pertenecientes á aquel pueblo.

En consecuencia, la astronomía actual de la India no se compone á los ojos de Bailly sino de los fragmentos y reliquias de un sistema de ciencia más antiguo y mucho más perfecto. Añadiendo á estas conjeturas algunas otras de diferente género fundadas en suposiciones, alegorías y cálculos vagos, sienta su célebre teoría, según la cual hace siglos que existía en el Norte del Asia una nación que desapareció del mundo mucho tiempo há; y de aquella fuente provino toda la ciencia que se ha hallado en la península meridional. «Los indios, dice Bailly, formaban en mi opinión una nación completamente constituida desde el año 3553 antes

(1) *Astronomía de la Edad Media*, 1209, pág. 34.

de Jesucristo. Esta es la fecha reducida de sus dinastías.» Y en otra parte añade: «Es extraño que se hallen entre los brahmanes tablas astronómicas cuya antigüedad es de cinco á seis mil años (1).» Quiero daros un ejemplo del modo de raciocinar de Bailly cuanto trata de probar el origen septentrional de los conocimientos astronómicos. «Los chinos tienen un templo que se cree estar dedicado á las estrellas del Norte, y se llama el palacio de la gran luz. No contiene estatuas, sino solamente una rica colgadura con bordados, en la que se lee esta inscripción: *Al espíritu del dios Petu.*» Los petus, dice Bailly, «son las estrellas del Norte en concepto de Magallanes.»

Pero este templo, ¿no pudo dedicarse á la aurora boreal? Parece que el nombre de palacio de la gran luz robustece esta conjetura. ¿Por qué los chinos habían de haber hecho una divinidad de las estrellas del Norte, más bien que de las de cualquier otro punto del cielo? Aquellas no tienen nada notable, al paso que el fenómeno de la aurora boreal, esos círculos, esos rayos, esos torrentes de luz, parece que tienen en sí algo divino. Confirmase al mismo tiempo esta conjetura con otra de Mairan, á saber, que el Olimpo era la residencia de los dioses de la Grecia, porque esta montaña aparecía especialmente rodeada de los resplandores septentrionales. Mas la aurora boreal no se distingue en la China, porque en treinta y dos años no observó nunca el P. Parennin un fenómeno que mereciese aquel nombre. «Así vemos, concluye Bailly, en esa especie de adoración tributada á los resplandores del Norte y á las estrellas del Norte (aquí se reúnen artificialmente los dos objetos que antes se tomaban uno por otro) un rastro patente de la superstición de una época primitiva y una presunción de que los chinos residían en otro tiempo bajo un cielo más septentrional, donde debió producir el fenómeno de la aurora boreal una impresión más viva, por ser más manifiesto y frecuente (2).»

¿Es esto ciencia, ó una novela? ¿Es historia, ó una visión? El mismo Voltaire, tan apasionado como era á toda novedad atrevida, no pudo digerir esta creación del nuevo pueblo y este origen atribuido á la astronomía, cuya ciencia, en decir del mundo entero, debió exigir cielos brillantes y climas benignos, en un país de nieves casi continuas y de montañas nebulosas, y escribió á Bailly varias cartas con aquel tono superficial y aquella indiferencia

(1) *Historia de la astronomía antigua*, Paris. 1775.

(2) Pág. 101.



de la verdad ó de la falsedad de la materia discutida que caracteriza todas sus obras. Lo único en que se muestra celoso es en defender á los brahmanes, á quienes habia tomado bajo su especial proteccion, y no sacrificar las doctrinas favoritas suyas sobre la antigüedad histórica de los indios. «Nunca nos ha venido nada de la Escitia, escribe, sino tigres que han devorado nuestros corderos. Es verdad que algunos de estos tigres se dedicaron á la astronomía en los ocios que tuvieron despues de asolar la India; pero ¿debemos suponer que aquellos tigres salieron de sus guaridas con cuadrantes y astrolabios? ¿Quién ha oido decir jamás que ningun filósofo griego fuese á buscar la ciencia al país de Gog y Magog (1)?» Baily en sus respuestas entra á explicar completamente los fundamentos de su teoría. Confieso que es muy molesto leer los cumplimientos exagerados que dirige al profesor superficial de la incredulidad religiosa. «Los brahmanes, dice á Voltaire, estarian verdaderamente orgullosos si supieran que tienen un apolo-gista de esta clase. Usted, más instruido que pudieron estarlo ellos jamás, posee la fama que disfrutaban los mismos en la antigüedad. Los hombres van ahora á Ferney como en otro tiempo á Benarés; pero usted hubiera instruido mejor á Pitágoras, porque el Tácito, el Eurípides y el Homero del siglo vale por sí solo tanto como aquella antigua Academia.» Y en otro lugar escribe: «Si no existieran ya los cantos inmortales del bardo griego, el Sr. de Voltaire, despues de haber escrito las batallas y triunfos del buen Enrique, hubiera comprendido cómo escribió Homero la *Iliada* y mereció su fama (2)» Mas pasando por estas lisonjas nauseabundas, sólo diré que Baily resume en esta obra y presenta bajo una forma más vulgar los argumentos expuestos en el tratado científico á favor de su pueblo primitivo, origen de toda ciencia humana.

Todavía no estaba satisfecho, y emprendió la tarea más formidable de verificar matemáticamente los cálculos indios, y reducir á la prueba de fórmulas rigurosas los conocimientos astronómicos y los resultados obtenidos en las relaciones de los viajeros y de los misioneros. Seria ajeno de mi plan, y apenas interesante para vosotros, seguirle paso por paso en esta empresa trabajosa; así, me contentaré con daros una ligera idea de su método y resultados.

Se han publicado en Europa tres series de

(1) *Cartas sobre el origen de las ciencias*, Londres y Paris, 1777.

(2) Pág. 16 á 207.

tablas astronómicas: una de ellas ha sido copiada evidentemente de otra de las tres, por lo cual la desecha Baily. Las otras dos llevan fechas diferentes, la una es del año 1491 de nuestra era, y la otra del 3192 antes de la misma. Baily trata luego de demostrar que es absolutamente improbable que los indios hayan tomado estas fechas de las otras naciones, porque difieren esencialmente de ellas en su cómputo cronológico, é infiere que estas dos épocas debieron fijarse segun observaciones ciertas, mucho más siendo exacta en cada una la relacion que se hace del estado de los cuerpos celestes. Las posiciones del sol y de la luna están indicadas, respecto del período primitivo con una precision que no podria conseguirse hoy calculando por nuestras mejores tablas: hácese mencion de una conjuncion de todos los planetas, y las tablas de Cassini prueban que se efectuó tal conjuncion hácia la misma época, aunque Venus no fué uno de ellos (1). Todas estas particularidades que he referido sin ninguna presuncion científica, parecen probadas segun un cálculo riguroso en el curso de la obra de Baily.

Tal era la teoría de este hombre desgraciado. En su primera obra habia inventado que las investigaciones científicas de la nacion fenecida eran antidiluvianas, y que los indios, caldeos y otros, eran las castas que habian heredado fragmentos sueltos de la ciencia primitiva despues de la gran inundacion (2). Sin embargo, en esta última obra no piensa absolutamente en tal hipótesis; la astronomía de la India se trata como una invencion indígena, ó á lo ménos se contenta Baily con intentar probar que debe ser correcta la fecha supuesta de las primeras observaciones astronómicas hechas en la India. Mas no tardó en hallar entre sus sábios compatriotas un adversario muy capaz de refutar su teoría fabulosa. Delambre, en su *Historia de la astronomía antigua*, tuvo necesariamente que tratar de las observaciones que se suponian hechas por los indios; y sin entrar en un exámen profundo y matemático de los conocimientos y fórmulas tan ponderados por su compañero de academia, descubrió una por una las inexactitudes que habia cometido este último al sentar la cuestion, y la arbitrariedad que habia en recibir la fecha, fundamento de aquellas inexactitudes. Demuestra que no hay razon en el mundo para admitir la verdad de las observaciones astronómicas de los indios,

(1) *Tratado de la astronomía india y oriental*, Paris, 1787.

(2) *Historia de la astronomía*.



pero aprueba las soluciones dadas por los escritores ingleses de que voy á hablar (1).

Debemos convenir que el tono con que refuta Delambre á Baily no es muy propio para satisfacer á un admirador de los sueños de este último; porque de un cabo á otro muestra poco respeto á la ciencia ó al carácter del filósofo, y pone constantemente en duda, no sólo la exactitud de sus inducciones matemáticas, sino hasta la rectitud de sus proposiciones. En nuestro país es donde halló Baily un campeón dispuesto á defenderle. Entre la época en que escribió y el tiempo en que le refutó Delambre, se habia ilustrado grandemente esta cuestion, como ya he manifestado: la publicacion de una coleccion preciosa de tratados matemáticos indios por Colebrooke, dió á la *Revista de Edimburgo*, ocasion de ponderar la antigüedad de la ciencia de los indios, y censurar la conducta de Delambre. Es menester confesar que la ocasion era extraña, porque la obra de Colebrooke presenta razones bastante sólidas y plausibles, para suponer el origen comparativamente moderno de las matemáticas en la India. En las notas eruditas y explicaciones de su discurso preliminar, nos da una lista de sus más célebres escritores en astronomía, proporcionada por los astrónomos del Ujjayani al Dr. Hunter; el más antiguo de dichos escritores es Vahara-Mihira, que ponen en el siglo tercero de la era cristiana; mas no se conoce nada de él, al paso que es muy célebre otro astrónomo del mismo nombre, y Colebrooke nos manifiesta que este vivió hácia fines del siglo VI, segun se refiere en la tabla del doctor Hunter. Es verdad que cita tratados más antiguos llamados los cinco Siddhantas; pero existe todavía un espacio de tiempo bastante considerable respecto de estos tratados para que hayan visto la luz, y aun envejecidose antes de la época del segundo Vahara-Mihira, sin que haya necesidad de recurrir á una antigüedad muy extraordinaria (2). Del mismo modo Brahmegupta, uno de los escritores más antiguos en matemáticas que se conoce, y del que ha tomado Colebrooke algunos tratados en su coleccion, no puede considerarse como anterior al siglo VI. Hay más: este perspicaz y juicioso orientalista, despues de exponer los motivos que dan á creer que Aryabhata es el padre é inventor del álgebra entre los indios, llega á

(1) *Hist. de la astron. ant.*

(2) *Álgebra con aritmética y mensuración, sacadas del sanscrito*; Londres, 1817. Pero véase la *Revista histórica de la astronomía de los indios* por Bentley; Londres, 1825.

tratar de su antigüedad, y concluye que florecia hácia el siglo V de la era cristiana, y tal vez en una época más remota. Así venia á ser casi contemporáneo de Diofanto, aunque Colebrooke juzga que era superior al matemático griego, en cuanto tenia un método para resolver las ecuaciones complicadas que no poseia el otro (1). Estas decisiones y declaraciones de un juez tan competente como Colebrooke, no podian constituir un fundamento sólido á la opinion que quiere que los indios tengan derecho á una gran antigüedad en la ciencia astronómica. Pero el crítico de la *Revista*, admitiendo todos estos hechos, asegura resueltamente que no debemos de ninguna manera considerar á Aryabhata como el inventor de su método, y que debe admitirse que trascurrieron muchos siglos entre la primera invencion de este y la perfeccion que recibió (2). Aunque este crítico confiese que Baily era inexacto por falta de conocimientos locales y por su demasiada confianza en las fuentes donde bebía, así como por el espíritu del sistema que le arrastraba, persiste en sostener que no sólo se prueba enteramente la anterioridad original de la ciencia de los indios con la obra de Colebrooke, sino que todo el mundo debe confesar ahora que la ciencia actual no es más que una reliquia de la que florecia en la península india cuando el sanscrito era una lengua viva; ó tal vez alguna lengua madre aún más antigua echó esas raíces que penetraron más ó ménos profundamente en las lenguas particulares de tantas y tan lejanas naciones que cubren el Oriente y el Occidente (3); deduccion que nos haria subir mucho más allá de los límites de la historia, y casi al punto que hubiera deseado Baily.

Como el nombre de Delambre se pronunciaba con una especie de malignidad, y hasta se le acusaba de una injusta severidad hácia la memoria de su compañero de academia, el sábio astrónomo no perdió tiempo para responder á los argumentos, así como á la censura del crítico, y la publicacion de su obra sobre la astronomía de la Edad Media le ofreció la ocasion. En el discurso preliminar examina individualmente las diferentes materias propuestas á la admiracion del lector por el crítico anónimo, y deduce que aunque se haya logrado demostrar que los indios habian adquirido cierto grado de habilidad en la solucion de

(1) Pág. 10.

(2) *Revista de Edimburgo*, t. XXXIX.

(3) Pág. 163.